

CAPÍTULO XXXII

DEFENSA DE SÉNECA Y DE PLUTARCO

La familiaridad que mantengo con estos dos personajes y la asistencia que procuran á mi vejez y á mi libro, edificado del principio al fin con sus despojos, me obligan á defender el honor de ambos.

Cuanto á Séneca, entre los centenares de librejos que propagan los partidarios de la pretendida religión reformada en defensa de su causa, que á veces proceden de buena mano, y es gran lástima que no tengan mejor asunto, vi hace tiempo uno que por aparejarse y mostrar palmariamente la semejanza del reinado de nuestro Carlos IX con el de Nerón, coloca en el mismo rango que Séneca al cardenal de Lorena, considerando igual la fortuna de ambos. Como es sabido, los dos fueron los primeros personajes en el gobierno de sus príncipes respectivos, y tuvieron iguales costumbres, idénticas condiciones y los mismos desaciertos. A mi entender, con estos juicios se honra demasiado á dicho señor cardenal, pues aunque yo sea de los que estiman grandemente su espíritu, elocuencia, celo, religión y servicio de su rey, al par que su buena estrella de haber nacido en un siglo en que le fué dado ser hombre singular, y juntamente necesario á la vez para el bien público, que pudo contar con un eclesiástico de tanta nobleza y dignidad, sin embargo, á juzgar sin ambages la verdad, yo no juzgo su capacidad, ni con mucho, al nivel de la de Séneca, ni su virtud tan pura, tan cabal y tan constante.

Este libro de que hablo, para llegar á su designio, traza de Séneca un injuriosísimo retrato y encuentra los vituperios en el historiador Dión, de quien yo rechazo el testimonio. A más de que este autor es inconstante, pues después de haber llamado al preceptor de Nerón varón prudentísimo y enemigo mortal de los vicios de su discípulo, le califica de avaricioso, usurero, ambicioso, cobarde y voluptuoso, y añade que encubría todas estas perversas cualidades bajo el manto de la filosofía. A mi ver, la virtud de Séneca aparece en sus escritos resplandeciente y vigorosa, y su defensa contra algunas de aquellas imputaciones es tan clara y evidente como el cargo de su riqueza y fausto excesivos; yo no creo, pues, ningún testimonio en contrario. Con mayor razón debe aprobarse en tales asertos á los historiadores romanos que á los griegos y extranjeros: Tácito y los otros autores latinos hablan muy honrosamente de su vida y de su muerte, pintándonos en todos sus actos como personaje excelentísimo y virtuosísimo; no quiero alegar otra réplica contra el juicio de Dión más que ésta, de incontes-

table peso: tan desacertadamente juzga las cosas romanas, que se atreve á sostener la causa de Julio César contra Pompeyo y la de Marco Antonio contra Cicerón.

Volvamos á Plutarco. Juan Bodin es un buen autor de nuestro tiempo, cuyos escritos encierran mucho más juicio que los de la turba de escribidores de su siglo; merece, pues, que se le estudie y considere. Yo le encuentro algo atrevido en el pasaje de su *Método de la Historia* en que acusa á aquél, no solamente de ignorancia (en lo cual nada tendría yo que reponerle, por no ser asunto de mi competencia), sino también de escribir á veces « cosas increíbles y completamente fabulosas »; tales son las palabras que Bodin emplea. Si hubiera dicho sólo « que relataba los hechos distintamente de como son », la censura no habría sido grande, pues aquello que no vimos lo tomamos de ajenas manos y así le prestamos crédito. Yo veo que adrede refiere diversamente la misma historia, como el juicio de los tres mejores capitanes que hayan jamás existido, formulado por Anibal, es diferente en la vida de Flaminio y en la de Pirro. Mas acusarle de haber considerado como moneda contante y sonante cosas increíbles é imposibles, es suponer falta de ponderación al más juicioso autor del mundo. He aquí lo que Bodin señala: « cuando refiere que un muchacho de Lacedemonia se dejó desgarrar el vientre por un zorro que había robado y guardaba oculto bajo su túnica, prefiriendo morir mejor que mostrar su atrocidad ». En primer lugar creo mal escogido este ejemplo; puesto que es muy difícil limitar los esfuerzos de las facultades del alma mientras que las fuerzas corporales tenemos más medios de conocerlas y medirlas; por esta razón si yo me hubiera impuesto la tarea de buscar contrasentidos á nuestro autor hubiera más bien escogido un ejemplo de esa segunda categoría. De la cual los hay en Plutarco mucho menos creíbles, como el que de Pirro cuenta, diciendo « que encontrándose herido sacudió un tan tremendo sablazo á un enemigo armado de todas armas, que lo partió de arriba abajo, de tal suerte que el cuerpo quedó en dos partes dividido ». En el ejemplo que Bodin elige nada encuentro de milagroso, ni admito tampoco la excusa con que á Plutarco disculpa, de haber añadido estas palabras: « según cuentan », para advertirnos y mantener en guardia nuestro crédito, pues á no tratarse de las cosas recibidas por autoridad y reverencia de autoridad ó de religión, no hubiera pretendido ni acoger él mismo, ni proponernos para que las creyéramos cosas de suyo increíbles. Y lo de que esta frase, « según cuentan », no la emplee en ese pasaje para tal efecto, fácil es penetrarse de ello, por lo que en otro lugar nos refiere sobre el mismo tema de la paciencia de los muchachos lacedemonios, con ocasión de sucesos acaecidos en su tiempo más difíciles á

persuadirnos, como el que Cicerón testimonió antes que él « por haberse encontrado (á lo que dice) en el lugar donde aconteció », ó sea que hasta su época veíanse criaturas aptas para soportar esa prueba de paciencia, á la cual se las experimentaba ante el altar de Diana, que sufrían el ser azotadas hasta que la sangre las corría por todo el cuerpo, no solamente sin gritar, sino también sin gemir, y que algunas allí dejaban voluntariamente la vida. Y lo que Plutarco también refiere, juntamente con cien otros testimonios, de que en el sacrificio un carbón encendido se deslizó en la manga de un niño lacedemonio cuando estaba incensando el ara, dejándose abrasar todo el brazo hasta que el olor de la carne chamuscada llegó á las narices de los asistentes. Tan imbuido estoy yo en la grandeza de aquellos hombres que no solamente no me parece, como á Bodin, increíble el relato de Plutarco, sino que ni siquiera á raro ni á singular me sabe. Llena está la historia espartana de mil ejemplos más rudos y más peregrinos; extrañamente considerada, toda ella es un puro milagro.

Con ocasión del robo, Marcelino refiere que en su época no se había logrado encontrar ninguna suerte de tormento que forzase á los egipcios á declararlo cuando se los sorprendía en ese delito, entre ellos muy común, como su nombre lo declara.

Conducido al suplicio un campesino español á quien se consideraba como cómplice en el homicidio del pretor Lucio Piso, gritaba, en medio del tormento, « que sus amigos no se movieran, asistiéndole con seguridad cabal, y que del dolor no dependía el arrancarle una palabra de confesión »; no dijo otra cosa durante el primer día. Al siguiente, cuando le llevaban para comenzar de nuevo su tormento, arrancándose de entre las manos de sus guardianes se magulló la cabeza contra un muro, y se mató.

Como Epicaris cansara y hartara la crueldad de los satélites de Nerón resistiendo el fuego y los azotes é instrumentos de suplicio durante todo un día sin que ninguna palabra pronunciaran sus labios de la conjuración en que había tomado parte, llevado al siguiente á soportar las mismas crueldades, con todos los miembros quebrados, formó una lazada con un girón de su túnica en el brazo de la silla donde estaba, á manera de nudo corredizo, y metiendo por él la cabeza se estranguló con el peso de su cuerpo. Teniendo el valor de morir así y hallando tan á la mano el escapar á los primeros tormentos, ¿no parece haber de intento prestado su vida á semejante prueba de paciencia el precedente día para burlarse del tirano, animando á otros á semejante empresa contra él?

Quien se informe de nuestros soldados en punto á los sufrimientos que en nuestras guerras civiles soportaron hallará efectos de paciencia, obstinación y tenacidad en

nuestros siglos miserables, en medio de esa turba más que la egipcia blanda y afeminada, dignos de ser comparados con los que acabamos de referir de la virtud espartana.

Yo sé que se vió á simples campesinos dejarse abrasar las plantas de los pies, aplastar el extremo de los dedos con el gatillo de una pistola, y sacar los ensangrentados ojos fuera de la cabeza á fuerza de oprimirles la frente con una cuerda, antes de pretender siquiera ponerse á salvo. A uno vi dejado como muerto, completamente desnudo en un foso, con el cuello magullado é inflado por una soga que de su cuerpo aun pendía, con la cual le habían sujetado toda la noche á la cola de un caballo; su cuerpo estaba atravesado en cien sitios diferentes con heridas de arma blanca, que le asestaron no para matarle, sino para hacerle sufrir é infundirle miedo. Todo lo había soportado, hasta la pérdida del uso de la palabra y de las sensaciones, resuelto, á lo que me dijo, á morir mejor de mil muertes (y en verdad que en lo tocante á sufrimiento había soportado una bien cabal), antes que ninguna promesa se le escapara; este hombre era, sin embargo, uno de los más ricos labradores de la comarca. ¿A cuántos no se vió dejarse pacientemente quemar y asar por sustentar ajenas opiniones, ignoradas y desconocidas? Cien y cien mujeres conocí (pues dicen que las cabezas de Gascuña gozan de alguna prerrogativa en este respecto), á quienes hubieseis más bien hecho morder hierro candente que abandonar una idea concebida en un momento de cólera; la violencia y los golpes las exasperan, y quien forjó el cuento de la que por ninguna corrección ni amenazas ni palos cesaba de llamar piojoso á su marido, la cual, precipitada en el agua, alzaba todavía las manos (ahogándose ya) por cima de su cabeza para hacer el signo de aplastar piojos, imaginó un cuento del que se ve todos los días señal y expresa imagen en la testarudez de las mujeres. Testarudez hermana de la constancia, á lo menos en vigor y firmeza.

No hay que juzgar de lo posible y de lo imposible según lo creíble y lo increíble para nuestros sentidos, como en otra parte dije; y es defecto grave, en el cual, sin embargo, casi todos los hombres incurren (y esto no va con Bodin), el oponerse á creer del prójimo lo que ellos no querrian, ó no serian capaces de llevar á cabo. Piensa cada cual que la soberana forma de la humana naturaleza reside dentro de él mismo, y que según ella precisa reglamentar á todos los otros: las maneras que con las propias no se relacionan son simuladas ó falsas. ¡Bestial estúpidez si las hay! ¿Proponen á un hombre alguna calidad de las acciones ó facultades de otro? lo primero que de su juicio consulta es su propio ejemplo, y conforme á él debe andar el orden del mundo. ¡Borrizada perjudicial é insoportable! Por lo que á mi toca, considero á algunos hombres muy

por cima de mi medida, principalmente entre los antiguos; y aun cuando reconozca claramente mi impotencia para seguirlos ni á mil pasos, mi vista no deja de contemplarlos ni de juzgar los resortes que así los elevan, de los cuales advierto en mí la semilla en cierto modo: hago lo propio con la extrema bajeza de los espíritus, que no me espanta, y en la cual tampoco dejo de creer. Penetro bien la fortaleza que para remontarse emplean, admiro su grandeza y sus ímpetus, que encuentro hermosísimos, abrazándolos. Si mis ánimos no llegan á tan encumbradas cimas, mis fuerzas se aplican á ellas gustosísimas.

El otro ejemplo que Bodin alega «entre las cosas increíbles y enteramente fabulosas» dichas por Plutarco, es lo de «que Agesilao fuera multado por los eforos por haber sabido ganar el corazón y la voluntad de sus conciudadanos». No me explico la marca de falsía que en ello encuentra, mas lo que sí diré es que Plutarco en este punto habla de cosas que debían serle mucho mejor conocidas que á nosotros; y no era en Grecia cosa nueva el ver á algunos castigados y desterrados por el delito de agrandar de sobra á sus paisanos, como lo prueban el ostracismo y el petalismo.

Hay aún otra acusación en el mismo pasaje que me sienta mal por Plutarco: donde Bodin escribe que aquél acomodó, de buena fe, los romanos con los romanos y los griegos entre sí, pero no los griegos con los romanos; pruébanlo, dice, Demóstenes y Cicerón, Catón y Aristides, Sila y Lisandro, Marcelo y Pelópidas, Pompeyo y Agesilao, considerando que favoreció á los griegos procurándoles compañeros tan desemejantes. Este cargo va contra lo que Plutarco tiene de más excelente y laudable, pues en sus comparaciones (que constituyen la parte más admirable de sus obras, en la cual, á mi ver, tanto á sí mismo se plugo), la fidelidad y sinceridad de sus juicios igualan su profundidad y su peso: Plutarco es un filósofo que nos enseña la virtud. Veamos si nos es dable libertarle de ese reproche de prevaricación y falsía. Lo que se me antoja haber motivado tal juicio, es el brillo resplandeciente y grande de los nombres romanos que nuestra cabeza alberga; no admitimos que Demóstenes pueda igualar la gloria de un cónsul, procónsul y pretor de esa gran república; mas quien considere la verdad de la cosa y los hombres por sí mismos (á lo cual Plutarco enderezó sus miras), y quien logre equilibrar las costumbres de unos y otros, la naturaleza y la capacidad de su fortuna, creará conmigo, al revés de Bodin, que Cicerón y Catón el antiguo son deudores á sus compañeros. Para sustentar el designio de nuestro escritor hubiera yo más bien elegido el ejemplo de Catón el joven puesto al lado del Foción, pues en esta pareja podía encontrarse más verosímil disparidad en provecho del romano.

En cuanto á Marcelo, Sila y Pompeyo, bien se me alcanza que sus expediciones militares son de mayor relieve, más gloriosas y más pomposas que las de los griegos que Plutarco coloca frente á ellos; pero las acciones más hermosas y virtuosas, así en la guerra como en la paz, no son siempre las más sonadas. Con frecuencia veo muchos nombres de capitanes ahogados bajo el esplendor de otros cuyos merecimientos son más chicos: así lo acreditan Labiano, Ventidio, Telesino y algunos más. Tratándose de censurar á Plutarco por este lado, si tuviera que quejarme por los griegos, ¿no podría decir que mucho menos es Camilo comparable á Temístocles, los Gracos á Agis y Cleomenes y Numa á Licurgo? Pero es locura el pretender juzgar de las cosas que tan distintos aspectos muestran.

Quando Plutarco los compara, no por ello los iguala: ¿quién podría advertir sus diferencias con competencia y conciencia mayores? ¿Quiere parangonar, por ejemplo, las victorias, los hechos de armas, el poderío de los ejércitos conducidos por Pompeyo, y sus triunfos, con los de Agesilao? «Yo no creo, dice, que el mismo Jenofonte si hubiera vivido, á pesar de haberle dejado escribir cuanto quiso en ventaja de Agesilao, osara establecer una comparación.» ¿Coloca á Lisandro frente á Sila? «No hay comparación posible, escribe, ni en número de victorias, ni en arriesgadas batallas, pues Lisandro ganó tan sólo dos combates navales.» No es esto aminorar á los romanos. Por haberlos simplemente presentado ante los griegos, ninguna injuria pudo haberlos inferido, cualquiera que sea la disparidad que pueda haber entre unos y otros. Plutarco no los contrapesa por entero; en conjunto, en él no se descubre ninguna preferencia; compara las partes y circunstancias unas tras otras y las juzga separadamente. Por donde, si acusársele quisiera de favoritismo, sería preciso analizar algún juicio particular, ó decir en general que incurrió en tal falta no comparando tal griego con tal romano, en atención á que había otros más apropiados para aparejarlos y cuyas vidas mejor se relacionaban.

CAPÍTULO XXXIII

LA HISTORIA DE ESPURINA

No juzga la filosofía haber empleado malamente las armas de que dispone cuando conduce á la razón el soberano gobierno de nuestra alma y cuando alcanza la autoridad de sujetar nuestros apetitos, entre los cuales, los que creen que no los hay más violentos que aquellos que el amor engendra, tienen en su abono que son los que dependen á la vez del cuerpo y del espíritu, y que todo el hombre es

por ellos poseído, de tal suerte que la salud misma depende del alivio, así es que á veces la medicina se ve obligada á prestarles sus buenos oficios. Pero en cambio podría también decirse que la unión de los cuerpos va acompañada de descanso y flojedad, pues estos deseos están sujetos á hartura y son susceptibles de remedios materiales.

Habiendo querido algunos libertar su alma de las alarmas continuas que su apetito les procuraba, se sirvieron de incisiones y cortaduras de las partes conmovidas y alteradas; otros abatieron por completo la fuerza y el ardor con la frecuente aplicación de cosas frías, como la nieve y el vinagre: los cilicios que nuestros abuelos usaban destinábanse á este uso. Eran un tejido de crines de caballo con el cual unos hacían camisas, y cintos otros, á fin de torturar sus riñones. Un príncipe me contaba no ha mucho que durante su juventud, en un día de fiesta solemne que se celebraba en la corte del rey Francisco I, donde todo el mundo iba vestido de punta en blanco, le entraron ganas de ponerse el cilicio que tenía en su casa y que su padre ya había usado, pero por mucha devoción que tuvo no le fué posible desplegar la paciencia de aguardar á la noche para despojarse de él, permaneciendo luego enfermo de resultados durante mucho tiempo. Decíame además dicho príncipe que no pensaba que hubiera calor juvenil tan fuerte que amortiguar no pudiera la práctica de esta receta. Quizás él no lo experimentaba de los más ardientes, pues la experiencia nos acredita que tal emoción se mantiene viva muchas veces bajo los tormentos más rudos y que más laceran la materia, y los cilicios no encaminan siempre á la penitencia á los que los llevan.

Jenócrates procedió con más rigor que mi príncipe, pues sus discípulos, para poner á prueba su continencia, le metieron en su cama á Laís, aquella hermosa y célebre cortesana, del todo desnuda, salvo de las armas de su belleza, filtros y encantos locos. Sintiendo Jenócrates que á pesar de sus razonamientos y de sus preceptos el cuerpo rebelde comenzaba á insubordinarse se abrasó los miembros que habían prestado oído á la rebelión. Las pasiones que tienen su asiento cabal en el alma, como la ambición, la avaricia y otras, atarean mucho más la razón, pues ésta no puede ser auxiliada sino por sus recursos propios, ni tampoco estos apetitos son capaces de saciedad; á veces se aumentan y aguzan al experimentarlos.

El solo ejemplo de Julio César puede bastar á mostrarnos la disparidad de esos anhelos, pues nunca se vió hombre más amante de los placeres del amor. El meticuloso cuidado que de su persona mostraba lo testimonia, hasta el extremo de servirse para él de los medios más lascivos que en su época se emplearan, como el hacerse arrancar el pelo de todo el cuerpo con pinzas y el adobarse con perfu-

mes de una delicadeza extrema. Era de suyo hombre hermoso; blanco, de elevada y grata estatura, lleno el semblante y los ojos oscuros y vivos, si otorgamos crédito á Suetonio, pues las estatuas que de él se ven en Roma no concuerdan del todo con ese retrato. A más de sus mujeres, que cambió cuatro veces, y sin contar los amores de su infancia con Nicomedes, rey de Bitinia, disfrutó la doncellez de aquella tan renombrada reina de Egipto, Cleopatra, como lo testifica el pequeño Cesarión fruto de estos amores: enamoró también á Eunoe, reina de la Mauritania, y en Roma á Postumia, mujer de Servio Sulpicio; á Lollia, de Gabino; á Tertulla, de Craso, y también á Mutia, esposa del gran Pompeyo, lo cual, según los historiadores romanos, fué la causa de que él la repudiara, cosa que Plutarco confiesa haber ignorado; y los dos Curianos, el padre y el hijo, echaron en cara luego á Pompeyo, cuando se casó con la hija de César, el hacerse yerno de un hombre que le había hecho cornudo, y á quien él mismo acostumbra á llamar Egisto. Además mantuvo relaciones con Servilia, hermana de Catón y madre de Marco Bruto, de donde todos infieren aquella gran afeción que profesaba á Bruto por haber nacido en el tiempo y sazón en que verosíblemente pudo haberle engendrado. Páreceme, pues, que la razón me asiste al considerarle como hombre extremadamente lanzado en el desenfreno y de complexión amorosísima¹; pero la otra pasión de la ambición, en él no menos abrasadora, llegó á combatir la del amor, haciéndola perder lugar repentinamente.

Esta particularidad me recuerda á Mahomet, el que subyugó á Constantinopla, acarreado la final exterminación del nombre griego; ningún caso conozco en que esas dos pasiones se encontraran con equidad mayor equilibradas. Fué tan infatigable rufián como soldado incansable; mas cuando en su vida se empujan y concurren una y otra cualidad, el ardor guerrero avasalla siempre al amoroso, y éste, bien que fuera de su natural sazón, no ganó de nuevo plenamente la autoridad suprema sino cuando el soberano tocó á la vejez caduca, incapacitado ya de soportar el peso de las guerras.

Lo que se cuenta como un ejemplo contrario de Ladislao, rey de Nápoles, es digno de memoria. Siendo buen capitán, valeroso y ambicioso, era el fin de sus empresas la ejecución de sus deseos voluptuosos y el goce de alguna singular belleza. Su muerte aconteció del propio modo.

1. Cuando en su carro triunfal entró en Roma, exclamaban los soldados:

*Urbani, servate uxores: mæchum calvum adducimus
Aurum in, Galia essutusti: heic sumplisti mutum.*

Véase Suetonio, *César*, c. 51. Tales son las palabras vulgarizadas en esta forma: «Aquí viene César, el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos.»

Había reducido, cercándola, la villa de Florencia á estrechez tanta, que sus habitantes iban ya á procurarle una lucida victoria; pero abandonó el resultado de sus hazañas con la sola condición de que le entregaran á una joven de la ciudad, de la cual había oído hablar por su belleza peregrina, siendo forzoso concedérsela, para libertarse de la pública miseria con una privada injuria. Era la joven hija de un médico famoso en aquel tiempo, el cual, viéndose comprometido en una necesidad tan repugnante, se resolvió á ejecutar una empresa memorable. Adornaba como todos á su hija, colocándole joyas y ornatos que pudieran hacerla grata al nuevo amante, y entre otras cosas puso en su ajuar un pañuelo, exquisito en aroma y labor, del cual la doncella había de servirse en las primeras aproximaciones del sitiador: nunca olvidan las damas ese utensilio en circunstancias semejantes. Este pañuelo estaba envenenado conforme á las prescripciones del arte médico, de tal suerte que al frotarlo con las carnes emocionadas y los abiertos poros les comunicó su tóxico, cambiando repentinamente el sudor ardoroso en sudor helado, y haciendo expirar juntos á la doncella en los brazos del amador.

Y vuelvo á Julio César. Nunca sus placeres le quitaron un solo minuto ni le desviaron un paso de las ocasiones que para su engrandecimiento se le presentaban: esta pasión avasalló en él tan soberanamente todas las demás y poseyó su alma con autoridad tan plena, que le llevó donde quiso. En verdad me desespero al considerar la grandeza de un tal personaje y los maravillosos dones que en él residían: tanta capacidad en toda suerte de saber, que apenas hay ciencia sobre la cual no haya escrito: era tan orador que muchos prefirieron su elocuencia á la de Cicerón; y aun él mismo, á mi ver, no juzgaba deberle gran cosa en este respecto. Sus dos *Anticatores* fueron principalmente compuestos para contrapesar el bien decir que aquél empleara en su *Catón*. Por otra parte, ¿hubo nunca un alma tan vigilante, tan activa ni tan paciente en la labor como la suya? Y evidentemente estaba además embellecida con algunas semillas de virtud, de las vivas y naturales, en modo alguno simuladas: era singularmente sobrio y tan poco delicado en su comer que, un día (asi lo refiere Opió), habiéndole presentado en la mesa para condimento de alguna salsa aceite medicinado en lugar de aceite común, comió de ella abundantemente sólo por complacer á su huésped. En otra ocasión mandó que azotaran á su panadero por haberle servido pan diferente del ordinario. Catón mismo acostumbraba á decir de él que era el primer hombre sobrio que se hubiese encaminado á la ruina de su país; y bien que el mismo Catón le llamara una vez borracho, la cosa aconteció de este modo: hallándose ambos en el Senado, donde se hablaba de la conjuración de Cati-

lina, en la cual suponían á César metido, entregáronle una carta á escondidas; suponiendo Catón que el papel era un aviso de los conjurados, le obligó á que se lo mostrara, lo cual hizo César para evitar una mayor sospecha. Quiso el acaso que fuera una carta amorosa que Servilia, hermana de Catón, le escribía, y habiéndola leído se la tiró diciéndole: «¡Toma, borracho!» Este apelativo fué mejor una palabra de menosprecio sugerida por la cólera, que la censura de ese vicio, de la propia suerte que á veces injuriamos á los que nos contrarian con las primeras expresiones que se nos ocurren, aunque en modo alguno las merezcan aquellos á quienes se las aplicamos; además el vicio que Catón le echaba en cara se avecina maravillosamente con el en que á César sorprendiera, pues Venus y Baco concuerdan de todo en todo, á lo que el proverbio asegura. Venus en mí es mucho más regocijada cuando la sobriedad la acompaña.

Los ejemplos de su dulzura y su clemencia para con los que le ofendieron son infinitos (no hablo de los que mostró cuando la guerra civil se desarrollaba, de los cuales, él mismo lo sienta en sus escritos, se sirvió para halagar á sus enemigos y para hacerlos sentir menos su futura dominación y su victoria). Mas precisa decir, sin embargo, que, si esa clemencia no basta para darnos testimonio de su bondad ingenua, nos hacen patente al menos una maravillosa confianza y una grandeza de ánimo relevante en este personaje. Sucedióle á veces devolver ejércitos enteros á su enemigo después de haberlos derrotado, sin dignarse siquiera obligarlos por juramento si no á favorecerle al menos á contenerse, sin que le hicieran la guerra. En tres ó cuatro ocasiones hizo prisioneros á ciertos capitanes de Pompeyo, y otras tantas los puso en libertad. Consideraba éste como enemigos á cuantos en la guerra dejaban de seguirle; César hizo proclamar que por amigos tenía á los que no se movían ni se armaban contra él. A aquellos de entre sus capitanes que le abandonaban para militar en otras filas, no por eso dejaba de entregarles armas, caballos y bagajes. A las ciudades que por la fuerza se le rindieron, otorgábales la libertad de seguir el partido que querían, sin dejarles más guarnición que la memoria de su dulzura y su clemencia. El día de la gran batalla de Farsalia, prohibió que se pusiera mano sobre los romanos, como no fuera en un caso extremo. A mi entender, son todos éstos rasgos bien peligrosos, y no es maravilla si en las guerras civiles que soportamos los que combaten, como él, contra el estado antiguo de su país dejen de imitar su ejemplo; son los de César medios extraordinarios, pertinentes sólo á su fortuna, y á su admirable previsión incumbe sólo dichosamente conducirlos. Cuando considero de su alma la grandeza incomparable, excuso á la victoria

el que jamás le abandonara, ni siquiera en esta última injustísima y muy inicua causa.

Volviendo á su clemencia, diré que nos quedan de ella muchos ejemplos ingenuos de la época de su dominación, cuando de su mano dependían todas las cosas y no tenía para qué simularla. Cayo Memmio había compuesto contra él vigorosísimas oraciones, á las cuales César había duramente contestado, y no por ello dejó de contribuir á hacerle cónsul. Cayo Calvo, que le había lanzado algunos epigramas injuriosos, como intentara servirse de sus amigos para reconciliarse, César tomó la iniciativa y fué el primero en escribirle; y como nuestro buen Catulo, que tan duramente le zurrara disfrazándole con el nombre de Murrina, se le excusara un día de su proceder, le sentó al instante á su mesa. Como fuera advertido de que algunos hablaban mal de su persona, limitóse á declarar, en una arenga pública, que de ello estaba advertido. Mayor odio que temor le inspiraban sus enemigos: habiendo sido descubiertas algunas cábalas y conjuraciones contra su vida, contentóse con hacer público por edicto que le eran conocidas, sin intentar ningún género de persecución contra los conspiradores. Por lo que toca al amor que á sus amigos profesaba, bastará decir que viajando con él un día Cayo Opio y sintiéndose de pronto enfermo, le cedió el único alojamiento de que disponía, permaneciendo acostado toda la noche al raso. Manifiéstanse sus principios de justicia considerando que hizo morir á un servidor á quien profesaba singular cariño, por haber dormido con la mujer de un caballero romano, aun cuando nadie del hecho se hubiera percatado. Ningún hombre mostró tanta moderación en la victoria, ni fortaleza mayor en la fortuna adversa.

Pero todas estas hermosas inclinaciones fueron ahogadas y adulteradas por esa furiosa pasión ambiciosa, merced á la cual se dejó arrastrar con impetuosidad tanta, que puede asegurarse que ella sola llevaba el timón y las riendas de sus acciones todas: convirtió á un hombre liberal en ladrón público, para proveer á sus profusiones y larguezas, haciéndole proferir aquellas palabras, feas é injustísimas, de que si los más perversos y perdidos de entre todos los hombres que en el mundo fueran hubiesen sido fieles al servicio de su engrandecimiento, los estimaría, contribuyendo con su poder á su medro, lo mismo que si de hombres de bien se tratara: procuróle la ambición una vanidad tan sin límites, que en presencia de sus conciudadanos se alababa de «haber trocado la gran república romana en nombre sin forma ni cuerpo»; hizole decir además «que en lo sucesivo sus respuestas debían servir de leyes»; recibir sin moverse de su sitial á lo mejor del Senado, que había ido á verle, y soportar, en fin, que le adoraran, consintiendo que en su presencia le tributasen honores divi-

nos. En suma, ese solo vicio, á mi entender, perdió en él al más hermoso y rico natural que jamás se viera, convirtiéndolo en abominable su memoria para todas las gentes de bien, por haber querido sacar el lauro de la ruina de su país y de la destrucción del más poderoso y floreciente Estado que el mundo jamás haya visto. Podrían, por el contrario, encontrarse algunos ejemplos de personajes relevantes á quienes la voluptuosidad hizo olvidar el manejo de sus negocios, como Marco Antonio y algunos más, pero tratándose de hombres en quienes el amor y la ambición fueran tan en el fiel de la balanza, en que ambas se entrechocaran con fuerza tan igual, no dudo que ganara el premio de la maestría. Volviendo á mi camino, diré que es meritorio el que sujetar nuestros apetitos, ayudados por el discurso, ó forzar nuestros órganos por la violencia mantengan en su deber estricto; mas el azotarse del interés del vecino; el procurar no solaparnos de esa dulce pasión que nos cosquillea al hacer que sentimos al experimentar que á los demás somos gratos, de los demás queridos y buscados, y hasta el odiar y malhumorarnos por nuestras gracias que de ello son la causa, condenando nuestra belleza porque sobre otro ejerce influjo, apenas he visto ningún ejemplo. Uno es el de Espurina, mancebo de la Toscana,

Qualis gemma micat, fulvum quæ dividit aurum,
Aut collo decus, aut capiti; vel quale per artem.
Inclusum buxo, aut Oricia terebintho
Luceat ebur ⁴.

el cual, hallándose dotado de singular hermosura, tan excesiva que ni aun los más serenos ojos podían resistir la mirada de los suyos, no solamente dejó de contentarse con no acudir al socorro de fiebre y fuego tan intensos que atizando iba por todas partes, sino que entró en furioso despecho contra sí mismo y contra aquellos ricos presentes que la naturaleza le había hecho, cual si de la ajena culpa fueran responsables, y cortó y desfiguró á fuerza de heridas y cicatrices la perfecta proporción y simetría que la naturaleza había tan raramente observado en su semblante.

Para anotar mi sentir sobre estas acciones, diré que las admiro más que las honro: esos excesos enemigos son de mis preceptos. El designio de Espurina fué hermoso y por la conciencia dictado, mas á mi ver un poco falto de prudencia. ¿Qué pensar si su fealdad sirvió luego á lanzar á otros al pecado de menosprecio y de odio, ó al de la envi-

4. Como brilla la piedra preciosa engarzada en joya de oro adornando el cuello ó la cabeza, ó como merced al ingenio del artifice el marfil luce encerrado en marco de boj ó de terebinto. VIRGILIO, *Eneid.*, X, 134.

dia, merced á una rara recomendación, ó al de la calumnia, creyendo que ese humor obedeció á una ambición avasalladora? ¿hay alguna cosa, de la cual el vicio no alcance, si así lo quiere, ocasión para ejercerse en algún modo? Fuera más justo, y también más glorioso, el haber hecho de aquellos divinos dones un motivo de virtud ordenada y ejemplar.

Los que se apartan de los comunes deberes y del infinito número de reglas espinosas, circundadas de interpretaciones tantas, como ligan á un hombre de cabal hombría de bien en la vida civil, hacen á mi ver un bonito ahorro, sea cual fuere la rudeza peculiar que desplieguen: es esto en algún modo morir por escapar al trabajo de bien vivir. Pueden los tales tener otro premio, mas el de la lucha nunca pensé que lo gozaran; ni tampoco creo que en punto á contrariedad haya nada por cima del mantenerse firme en medio del oleaje tumultuoso del mundo, ejerciendo lealmente y satisfaciendo á todos los deberes de su cargo. Acaso sea más fácil privarse radicalmente de todo sexo que mantenerse dentro del estricto deber en compañía de una esposa; y más descuidadamente puede vivirse en medio de la pobreza que sumergido en la abundancia justamente dispensada: el uso lleva, según razón, á mayor rudeza que la abstinencia; la moderación es virtud más atareada que la privación. En el bien vivir de Escipión, el joven, hállanse mil maneras distintas; el buen vivir de Diógenes no comprende más que una: éste excede tanto en simplicidad las vidas ordinarias, como las exquisitas y cumplidas le sobrepujan en utilidad y en fuerza.

CAPÍTULO XXXIV

OBSERVACIONES SOBRE LOS MEDIOS DE HACER LA GUERRA DE JULIO CÉSAR

Cuéntase que algunos guerreros tuvieron determinados libros en particular predicamento: Alejandro Magno, Homero; Escipión Africano, Jenofonte; Marco Bruto, Polibio, y Carlos V Felipe de Comines; de la época actual se dice que Maquiavelo goza todavía de autoridad en algunos lugares; pero el difunto mariscal de Strozzi, que eligió á César como consejero, mostró mucho mejor acierto, pues á la verdad éste debería ser el breviario de todo militar, como patrón único y soberano en el arte de la guerra. Y Dios sabe, además, con cuántas gracias y bellezas relleno un asunto de suyo tan rico, y la manera de decir tan pura, tan delicada y tan perfecta, que para mi gusto no hay escritos en el mundo que con los suyos puedan compararse en este respecto.

Como en cierta ocasión su ejército anduviera algo amedrentado porque entre los soldados corría el rumor de las grandes fuerzas que llevaba contra él el rey Juba en lugar de echar por tierra tal idea aminorando los recursos del adversario, hizo que todos se congregasen para tranquilizarlos é infundirles ánimo, siguiendo la senda contraria á lo que nosotros acostumbramos. Dijoles que no se apenaran por conocer las fuerzas que el enemigo formaban, y que de ellas tenía ciertos indicios, tomando de ello pie para abultar con mucho la verdad y la fama que corrían entre sus soldados, según aconseja Ciro en Jenofonte, en atención á que el engaño no es tan perjudicial al encontrar efectivamente los adversarios más débiles de lo que se habia esperado, que al reconocerlos en realidad muy resistentes después de haberlos prejuzgado débiles.

Acostumbraba sobre todo á sus soldados á obedecer sencillamente, sin que se mezclaran á fiscalizar ó á hablar de los designios que á los jefes animaban; éstos recibían las órdenes sólo en el punto y hora de la ejecución, y experimentaba placer, cuando habían descubierto alguna cosa, cambiando al instante de mira para engañarlos. A veces, para este efecto, habiendo determinado detenerse en algún lugar, pasaba adelante y dilataba la jornada, principalmente si el tiempo era malo ó lluvioso.

En los comienzos de la guerra de las Galias enviáronle los suizos un aviso para facilitarle pasaje al través de la tierra romana, aun cuando realmente hubieran deliberado oponerle resistencia. César, sin embargo, mostró buen semblante ante la nueva, escogiendo algunos dias de plazo para comunicar su respuesta, empleándolos en organizar su ejército. No sabían aquellas pobres gentes lo bien que aprovechaba el tiempo, pues muchas veces repitió que la más soberana prenda que á un capitán puede adornar es la ciencia de servirse de las ocasiones con la mayor diligencia, la cual es en sus empresas todas increíble y sorprendente.

Si en lo de ganar ventaja previa sobre su enemigo no era muy meticoloso, so color de tener pactado un acuerdo, éralo tan poco en lo de no exigir de sus soldados virtud distinta á la del valor; y apenas castigaba otras culpas que la desobediencia y la indisciplina. A veces, después de sus victorias, consentiales una libertad licenciosa, dispensándolos durante algún tiempo de las reglas de la disciplina militar. Hay que añadir que sus soldados eran tan irrepochables, que estando algunos acicalados y perfumados no por ello dejaban de lanzarse al combate furiosamente. Gustaba en verdad de verlos ricamente ataviados, haciendo que llevaran arneses cincelados, dorados y plateados, á fin de que el cuidado de la conservación de sus armas los hiciera más terribles en la defensa. Al arengarlos los lla-